Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía **ISSN 1850-3578**
2012 – Vol. 7 – Número VII – Resistencia, Chaco, Argentina

BUTLER, Judith. *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del Siglo XX*. 1ª ed., Buenos Aires: Amorrortu, 2012, p. 345.

Recibido: 25/07/2012

Aceptado: 18/08/2012

Como la mayor parte de los acontecimientos filosóficos, la aparición de *Sujetos del deseo* en 1987 pasó desapercibida para el mercado editorial. Celebrar la primera edición en castellano del primer libro de Judith Butler (Cleveland, 1956), el cual es también su tesis de doctorado, y cuya reciente traducción estuvo a cargo de Elena Luján Odriozola, merece unas páginas de atención.

En este texto, Butler analiza la amplitud que la influencia de la filosofía de Hegel (y en particular, la *Fenomenología*) tuvo en la escuela francesa del siglo XX para pensar la cuestión del sujeto. En este recorrido histórico, producto de su propia biografía intelectual en sus inicios, Butler nos introduce, de un modo persuasivo, en las exposiciones y/o las apropiaciones que Alexander Kojève, Jean Hyppolite, Jean-Paul Sartre, Jacques Derrida, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Jacques Lacan hacen de Hegel.

¿Por qué Hegel? La importancia de Hegel reside, según la autora, en que éste se propone dar cuenta de cómo la constitución del sujeto, a través de la relación entre deseo y reconocimiento, se desenvuelve a partir de un sometimiento que *se expresa y afianza* en la realidad psíquica. A partir de Hegel se pueden explicar las inversiones que el poder asume para seguir ejerciendo la sumisión de varones y mujeres.

Dentro de esta sumisión, ¿cómo extender los límites que constituyen al individuo en tanto sujeto? ¿De qué manera ampliar los propios márgenes de acción? El sujeto "quiere conocerse a sí mismo, pero quiere hacerlo encontrando, dentro de los confines de su yo, la integridad del mundo exterior; de hecho "lo que desea es descubrir el dominio íntegro de la alteridad como un *reflejo* de sí mismo" (p. 24), pues sólo conociendo la alteridad *en su máxima expresión*, incorporándola y negándola al mismo tiempo, el sujeto amplía su yo.

Tradicionalmente, los filósofos postularon al deseo (aquí, siempre humano) como algo irracional, animal, sin sentido, arbitrario, inmediato. El deseo era aquello que, al postular un vacío infinito y por tanto imposible de saciar, había que superar en la búsqueda de la verdad. Así, "desear el mundo y conocer su significado aparecían como empresas en conflicto" (p. 29). Y a la filosofía, considerada como la actividad cardinal de la razón, tendía a alejársela de la necesidad de desear el mundo que busca conocer. En definitiva, en la concepción tradicional, el filósofo se diferencia del sujeto de deseo. El objetivo, según Butler, es poner fin a esa escisión, construir una relación que contribuya a la extensión de las nociones de deseo y racionalidad.

Así como en las críticas que Hegel efectúa sobre Spinoza se encuentra la valorización que aquel hace de éste, la recepción francesa de Hegel aparece como una crítica que promueve su importancia para futuras lecturas. Kojève, particularmente, y a diferencia de Hyppolite, sostuvo que Hegel no era consciente de las consecuencias de su sistema filosófico, no imaginó la apertura que su sistema ofrecía para pensar cuestiones que sobrevivieron su propia época. (Tal vez ahora tampoco quisiera imaginar cómo la identidad *queer* o la ética detrás del luto se cuela en su propio sistema.) Por supuesto, Kojève no busca producir una explicación fiel al texto, sino más bien una nueva lectura que refleje el (su) momento histórico. El texto de Hegel es pasible de una nueva legibilidad con el paso del tiempo; el texto acompaña el movimiento de la temporalidad. Y de este modo, Kojève justifica su propia interpretación.

Sin embargo, si la filosofía de Hegel se abre, con cada nueva temporalidad, a una infinidad de lecturas e interpretaciones, ¿cómo diferenciar las huellas de una postura poshegeliana y una lectura apropiativa de Hegel?

Dejando de lado las primeras recepciones francesas de la obra de Hegel (George Bataille, Jean Wahl, Maurice Merleau-Ponty), Butler comienza revisando la obra de Kojève.

Para Kojève, el sujeto de deseo hegeliano se encuentra fuera de época, pertenece al pasado; ahora la cuestión es pensar un sujeto desde la finitud, desde su situación, en su

contexto histórico y a partir de la acción humana concreta. El deseo, en tanto acción para el reconocimiento, supone un lazo ontológico común entre el sujeto y el mundo.

Según Butler, Hyppolite, eludiendo los rasgos antropocéntricos planteados por Kojève, sostiene que el sujeto nunca llega a satisfacer las exigencias del deseo, mejor dicho, la infinitud del deseo hace imposible la satisfacción plena del sujeto (y ésta a su vez da cuenta de la vitalidad y la unidad del mismo). El deseo es un "ser sin", se expresa, como negatividad, a partir de una carencia. Es decir que la relación del sujeto se establece (y lo constituye) con aquello que él no es. Hyppolite afirma que para la conciencia humana, la permanencia del deseo es una inevitable fugacidad en busca del absoluto. La temporalidad da cuenta de que las acciones humanas distan de ser absolutas, pero lo absoluto se encuentra en los actos propiamente históricos.

En el capítulo correspondiente a Sartre, se evidencia cómo el deseo, a través de lo imaginario, se transforma en una suerte de pasión vana capaz de poner en escena y jugar con las proyecciones intencionales que la conciencia tiene sobre el mundo real. Sartre coincide con Hyppolite en que el deseo humano está motivado y estructurado por una unidad (la conciencia) que se dirige, y por tanto se desdobla, "hacia el mundo que debe permanecer como pura proyección, sueño imaginario" (p. 148). A diferencia de Kojève, para Sartre los deseos antropogenéticos solo pueden concretarse de modo imaginario. Sólo en lo imaginario es posible aliviar provisoriamente a la conciencia "de las exigencias de la fugacidad perpetua y del extrañamiento de nosotros mismos, que constituye el ideal de la satisfacción" (p. 148) (Según Sartre, el arte cumple con esta función.) Se establece, así, una distinción entre el sujeto y el mundo, una dualismo cuya síntesis absoluta del yo y el mundo constituye el objeto del deseo, considerado como elección, juicio y proyecto de transfiguración. Es decir, el deseo, de inalcanzable satisfacción, sólo se resuelve en el *reino de lo imaginario*, reino que condiciona los diversos proyectos de la vida cotidiana, la sexualidad y la creación de obras literarias (de este modo, escribir ficciones es actualizar lo imaginario).

La última sección del volumen –ausente en la tesis que dio lugar al texto– abre la discusión hacia Lacan, Derrida, Deleuze y Foucault (si bien Butler admite acotarse a

algunos de sus textos). No se trata meramente de actualizar el trabajo defendido en 1984, sino también de completar la vuelta de Butler hacia Hegel con el nacimiento de sus ideas sobre la historicidad del sujeto y una ética marcada por el reconocimiento del otro, que es al mismo tiempo el de uno mismo. "A la popularidad que [Hegel] gozó entre los intérpretes franceses de principios del siglo XX le siguió la rebelión de la segunda generación: se trataba en este caso de los discípulos de Hyppolite y de Kojève, quienes leían a Nietzsche, a Freud y a Marx, así como a lingüistas y antropólogos estructuralistas, y desarrollaban posturas posfenomenológicas a partir de obras tardías de Husserl y de Heidegger" (p. 250). Esta segunda generación hizo una crítica de la filosofía dialéctica de la historia y por tanto, de la manera de entender al sujeto dentro de esa historia.

Lacan plantea la inevitabilidad de la insatisfacción por parte del deseo; el deseo ya no produce autonomía, sino que caracteriza al placer sólo después de que se adapta a una ley represiva. El sujeto es pensado a partir de la múltiple escisión constitutiva de la experiencia, en tanto fuerzas libidinales.

Derrida sugiere que la referencia a lo significado siempre está desplazada, es decir que siempre que el lenguaje pretende salvar la ruptura entre signo y significado, los límites de la significación (la *diferencia* del signo respecto de lo que significa) se reconfiguran una y otra vez. La imposibilidad de remitirse al referente puro es lo que permite a Derrida formular la ironía hegeliana. De este modo, el sujeto no es más que la ficción de una práctica lingüística que intenta negar la diferencia entre signo y significado, el sujeto sólo existe en cuanto usuario del signo referencial y, por tanto, su autonomía ya no es posible.

Foucault y Deleuze son abordados a partir del impacto que Nietzsche provocó en sus pensamientos, donde el exceso como producción de deseo se destaca por sobre la falta y conduce a la muerte final del sujeto hegeliano. El deseo, sostienen, es producido y regulado históricamente y el individuo siempre se encuentra sujetado a él. Foucault afirma que la lucha entre fuerzas (acontecida en un *no lugar* que indica que los adversarios no pertenecen a un lugar común) da como resultado la emergencia de una nueva configuración histórica, la cual traerá aparejado nuevos valores y concepciones de

sujeto. Deleuze, por su parte, dice que el deseo, inscripto en una sociedad histórica y geográficamente real, es productor de subjetividad a escala social (y también mundial); los deseos, asimilándose entre sí, a través de *mecanismos psíquicos de poder*, producen un falso constructo de *subjetividad capitalística*, la cual ya no desea carencias sino que desea todo. Ahora desear es miedo a la carencia, pues este temor, finalmente, es el temor a la exclusión.

Los autores de este último capítulo permiten abrir la discusión hacia la preocupación de la tradición francesa actual de revisar las pretensiones de autonomía desplegadas por la modernidad. En estas últimas páginas, Butler se convierte en testigo privilegiado del derrumbe del unificado sujeto moderno.

Francisco Casado (UNLP)